

# Corresponsales alemanes de Unamuno: Una faceta de su internacionalismo

Pedro Ribas

El asunto que voy a abordar se basa en un trabajo del que me he ocupado durante los últimos tres años y del que he concluido una parte. Me refiero a la correspondencia de alemanes con Unamuno, una correspondencia que he traducido al español y preparado para una edición que ha salido recientemente<sup>1</sup>. El trabajo ha sido realizado por mí y por Fernando Hermida, joven investigador al que agradezco su ayuda. Juntos firmamos el proyecto de edición de esta correspondencia que constituirá un enriquecimiento de una de las dimensiones de Unamuno insuficientemente analizadas. Me refiero a su dimensión internacional, y más concretamente, a la europea, y más específicamente todavía, a su relación con Alemania. En estos últimos años he reunido bastantes materiales sobre el tema «Unamuno y Alemania»: artículos suyos publicados en revistas y periódicos alemanes, libros suyos traducidos, trabajos escritos sobre él, reseñas, etc. De momento, el tema en el que más he avanzado es el de las cartas, de las que, como digo, hemos preparado una edición Fernando Hermida y yo. Los dos trabajamos en la *Revista de Hispanismo Filosófico* y los dos nos interesamos especialmente por la historia del pensamiento español. Hay otros compañeros de la Universidad Autónoma que han colaborado en el proyecto general de investigar la relación de Unamuno con Europa, concretamente con Francia, con el mundo de habla inglesa, con Italia y con Portugal. Por mi parte me voy a centrar aquí en la relación de Unamuno con Alemania partiendo de la mencionada correspondencia.

No voy a referirme a todas las cartas intercambiadas por Unamuno con alemanes o con españoles residentes en Alemania. En primer lugar porque alguno de estos epistolarios ya ha sido publicado, como ocurre con el de Unamuno-Múgica, que es por cierto un epistolario esencial para conocer a Unamuno en muchos aspectos de su trayectoria intelectual. Estas cartas de Unamuno a Múgica, un filólogo bilbaíno que enseñaba español en Berlín, son ya conocidas gracias a

<sup>1</sup> P. Ribas y F. Hermida (eds.), *Unamuno: Cartas de Alemania*. Madrid. F.C.E., 2002.

la edición de Sergio Fernández Larraín, y sobre ellas hay una tesis en curso en la Universidad de Salamanca.

Las cartas que Fernando Hermida y yo hemos reunido no incluyen, pues, epistolarios ya publicados. En total hemos recopilado 219 cartas. Naturalmente, no todas son igualmente importantes. Por ello me referiré aquí tan sólo a un grupo de ellas: las de la redacción de la revista berlinesa *Der Sozialistische Akademiker* (El socialista académico), las del editor Auerbach, las de los traductores alemanes Paul Adler, Walther von Wartburg y Otto Buek. Hay otro traductor, Oswald Jahns, pero que tradujo simplemente un relato de Unamuno y que tuvo, que sepamos, muy poca relación con él. En todos los casos, lo que conocemos y a lo que aquí me refiero son las cartas recibidas por Unamuno, no las escritas por éste, buena parte de las cuales estarán posiblemente perdidas. He intentado llegar a las de Unamuno, las que él envió a los corresponsales alemanes. Pero, hasta el presente, ha sido infructuosa la búsqueda. Tanto en el caso de Heinrich Auerbach, el editor alemán, como el de los traductores Paul Adler, Walther von Wartburg y Otto Buek, he buscado pistas para llegar a las cartas que les envió Unamuno. No he conseguido ningún resultado en este sentido. Por ello, mientras aparecen, hemos decidido traducir y publicar las recibidas por Unamuno, las que están en el archivo Unamuno de Salamanca. De ellas voy a hablar aquí. Paso, pues, al primer grupo de cartas, las de la mencionada revista *Der Sozialistische Akademiker*, nacida en 1895 y que cambió de nombre a los dos años, en 1897, pasando a llamarse *Sozialistische Monatshefte* (Cuadernos socialistas mensuales) hasta su desaparición en 1933.

### DER SOZIALISTISCHE AKADEMIKER

Hace bastantes años había yo buscado esta correspondencia en el Instituto Internacional de Historia Social, de Ámsterdam, para conocer la forma en que Unamuno había entrado en contacto con esta revista. No las encontré allí ni en el archivo de Eduard Bernstein ni en el de Joseph Bloch, que fue el primer director de la revista. Ha sido una agradable sorpresa encontrarlas ahora en el archivo Unamuno de Salamanca, aunque de forma parcial, ya que lo que allí se guarda son las cartas recibidas por Unamuno.

La revista *Der Sozialistische Akademiker* fue el órgano de los socialistas llamados revisionistas y representó una fuerte corriente entre intelectuales que buscaban una conexión del socialismo con la filosofía kantiana. Aunque no me voy a extender aquí sobre la revista ni sobre el revisionismo, sí diré algo acerca de esta conexión antes de hablar de las cartas.

Como se sabe, el socialismo buscó su fundamentación filosófica en el idealismo alemán. Kautsky dijo, y después lo repitió Lenin, que el marxismo se componía de tres ingredientes: el socialismo francés, la economía británica y la filosofía alemana. Por lo que se refiere a esta filosofía, dado que Marx, aun distanciándose de Hegel, había elogiado repetidas veces su método dialéctico, se entendió que era la de Hegel la filosofía que más podía servir de guía de una concepción revolucionaria de la historia y de la sociedad. Sin embargo, ya desde

los años 90 del siglo XIX surgieron voces defendiendo que Kant, el Kant de la moral, el de la *Crítica de la razón práctica*, era la mejor base para el socialismo y que la dialéctica hegeliana era un verdadero estorbo. Tal era la posición de Bernstein, el principal representante de lo que se llamó, dentro del socialismo, la corriente revisionista. El ruso Plejánov, en cambio, defendió la dialéctica como ingrediente básico del marxismo, ingrediente que fue mantenido igualmente por Lenin y que sirvió después en la URSS para las simplificaciones que se hicieron en la era del stalinismo.<sup>2</sup>

Pasemos ahora a las cartas recibidas por Unamuno de la redacción de la revista alemana. Son siete las que se guardan en el archivo de Unamuno y permiten hacerse una idea bastante aproximada de esta relación.

Lo cierto es que Unamuno recibe la primera carta un mes después de ingresar en la agrupación socialista de Bilbao, cosa que había hecho en octubre de 1894. En realidad estas siete cartas no revelan ninguna gran novedad. Simplemente las considero muy importantes para mostrar el interés que los redactores de esta revista tuvieron por la colaboración de Unamuno. Este publicó en total 5 artículos, que fueron traducidos al alemán por la propia revista y que aparecieron retraducidos al español por Rafael Pérez de la Dehesa en 1971, en el tomo IX de las *Obras completas* de Unamuno editadas por Manuel García Blanco. Los cinco artículos son: «Einleitung zu einigen Betrachtungen über die bürgerliche Erziehung» (Introducción a algunas consideraciones sobre la educación burguesa, aparecido el año 1, 1895, pp. 74-77), «Der absolute Wert des Menschen und die Krankheit des Jahrhunderts» (El valor absoluto del hombre y la enfermedad del siglo, aparecido el año 1, 1895, pp. 144-146), «Die Triebkräfte in der sozialistischen Bewegung» (Las fuerzas motrices en el movimiento socialista, también en el año 1, 1895, pp. 478-481), «Die erste Bedingung einer wahrhaft freien Arbeit» (La primera condición de un trabajo verdaderamente libre, año 2, 1896, pp. 407-412) y «Der Sozialismus in Spanien» (El socialismo en España, año 3, 1897, pp. 475-481; al publicar este artículo la revista se llamaba ya *Sozialistische Monatshefte*).

En mi opinión, el interés de estos artículos se halla en ampliar lo que sabemos acerca de la faceta socialista del autor español, es decir, lo que había destapado Rafael Pérez de la Dehesa en su excelente libro *Política y sociedad en el primer Unamuno*<sup>3</sup>, obra en la que por primera vez se analizaba la colaboración de Unamuno en el semanario socialista de Bilbao *La Lucha de Clases* y en otros periódicos socialistas. Conviene recordar que Unamuno había repetido muchas veces que él no era hombre de partido, por lo que ha habido mucha resistencia a admitir que se había afiliado al partido obrero en 1894. Hoy existe ya una bibliografía más abundante sobre el tema y últimamente han salido, además, importantes documentos al respecto, como las colaboraciones de Unamuno en la

<sup>2</sup> La bibliografía sobre el papel de la dialéctica en el marxismo es inmensa. A la altura de hoy, buena parte de esa bibliografía tiene una importancia meramente histórica. Para una reivindicación de la dialéctica como filosofía del Marx revolucionario véase Néstor Kohan: *Marx en su (tercer) mundo*, Buenos Aires, Biblos, 1998.

<sup>3</sup> Rafael Pérez de la Dehesa: *Política y sociedad en el primer Unamuno*, Madrid, Ciencia Nueva, 1966; 2ª ed. Barcelona, Ariel, 1973.

prensa salmantina al llegar a la ciudad del Tormes, así como las publicadas en la prensa bilbaína durante los años 92, 93 y 94. Ello permite seguir con bastante precisión la etapa que lleva a Unamuno al socialismo. Es decir, permite comprobar que la adhesión al partido obrero en octubre de 1894 no fue una decisión repentina o el producto de una noche de insomnio, sino que fue la culminación de un proceso de aproximación que puede observarse en todas esas colaboraciones. Por otro lado, la faceta socialista de Unamuno no es sólo un tema perteneciente a la biografía de Unamuno, sino que es un interesante capítulo de la historia del socialismo español, sobre todo de cara al estudio de la relación de los intelectuales con el socialismo.

Vayamos ahora a

### HEINRICH AUERBACH.

Era el director de la editorial Meyer & Jessen, editorial que publicó entre 1925 y 1928 unas llamadas obras completas de Unamuno. No fueron realmente obras completas, y ello se debió a la crisis económica de 1929, que llevó a la quiebra a tantas empresas y, entre ellas, a la editorial Meyer & Jessen. Lo que apareció en esta editorial fueron los ensayos *Del sentimiento trágico de la vida, La agonía del cristianismo, Vida de Don Quijote y Sancho*, las novelas *Abel Sánchez, Niebla* y el conjunto de relatos *El espejo de la muerte*, entre los que se halla *Nada menos que todo un hombre*, que después sería llevado al teatro y representado con gran éxito en Berlín y Hamburgo.

Las de Auerbach son 49 cartas que dan una idea bastante exacta de la difusión que tuvo Unamuno en Alemania por esos años y que muestran los esfuerzos que hizo este editor (responsable de una empresa modesta por lo que sabemos) por conseguir mover cuantos hilos tuvo a su alcance para dar a conocer la obra de Unamuno en su traducción alemana: prensa, reseñas hechas por figuras prominentes de la cultura alemana, como Heinrich Mann, contactos con instituciones culturales y programación de un viaje de Unamuno, un viaje de conferencias, que nunca llegó a realizarse. Toda esta actividad propagandística de Auerbach era interesada, naturalmente: trataba de vender las obras de Unamuno, pero en esto ambos estaban de acuerdo. Auerbach planteaba las ediciones como empresario que quiere llegar al máximo posible de lectores, exactamente lo que buscaba Unamuno. Esto quiere decir también que esa relación entre Unamuno y su editor alemán, aunque respetuosa por parte de éste, no pasa de relación comercial y, por tanto, de escaso interés intelectual en sí misma. Pero sí de interés por otras razones, como es la información exacta de la difusión que tuvo Unamuno en la etapa de la República de Weimar. Entre las cartas se hallan las liquidaciones, en las que tenemos una precisa información sobre las ventas de cada ejemplar y sobre lo percibido por Unamuno (recordemos que, en el destierro, se hallaba sin sueldo y necesitado de medios para subsistir y para ayudar a su familia). Pero dejemos al editor Auerbach, para ir a los traductores.

## PAUL ADLER (1878-1946)

Es el traductor de *Del sentimiento trágico de la vida* (Das tragische Lebensgefühl), además de algunos artículos en la prensa.

Paul Adler era checo, de la colonia judía de Praga, colonia entre la cual había un porcentaje de checohablantes y otro de germanohablantes. Entre los judíos de Praga a principios de siglo, los germanohablantes, a los que pertenecía Paul Adler, eran unos 40.000. Adler procedía de una familia burguesa, de comerciantes, y tuvo una existencia que podemos llamar desahogada. Se doctoró en derecho y comenzó a trabajar en Viena en un juzgado. Pero lo abandonó al año siguiente de forma escandalosa cuando tuvo que defender a la empresa Singer, de máquinas de coser, frente a una pobre costurera viuda que tuvo problemas para hacer frente a los pagos aplazados de la máquina que había adquirido. Públicamente dijo que él había estudiado derecho para defender a viudas y huérfanos, no para condenarlos. Naturalmente, esto significó el fin de su carrera como jurista.

Encontró trabajo en la redacción de un periódico, pero parece claro, por sus escritos y por su forma de encarar la vida, que no era un hombre capaz de ligarse a un trabajo en el que se sintieran colmadas sus aspiraciones profesionales. Ni siquiera la profesión, en el sentido de un trabajo especializado, es un término que pudiera ser aceptado como destino propio para un alma tan rica y compleja como la de Paul Adler.

Como no puedo extenderme aquí mucho sobre la vida de este interesante personaje, diré simplemente que la actividad principal de Adler y la que realmente le atraía era la de escribir. Y esto es lo que hizo. Escribió novelas, poesía y relatos, aparte de innumerables artículos de prensa en su país de origen y en Alemania.

Me referiré escuetamente a la relación con Unamuno, relación de la que sólo conocemos las cartas de Adler, no —lamentablemente— las de Unamuno.

La relación empieza en 1913 y parece deberse a la curiosidad de Adler por el tratamiento que da Unamuno al tema religioso. Adler está en esos momentos en Hellerau, en una especie de colonia cultural iniciada por un conjunto de familias junto a la ciudad de Dresde. El círculo más inmediato en el que se mueve Adler se interesa por el catolicismo del escritor francés Paul Claudel, al que traducen en la editorial de Hellerau (Hellerauer Verlag) para difundirlo entre los alemanes.

El propósito de Adler, que no cuajó por falta de medios, era traducir rápidamente la obra de Unamuno *Del sentimiento trágico de la vida*. Pero lo cierto es que pasaron 12 años desde la primera propuesta hasta la realización de la traducción. La versión de Adler salió en noviembre de 1925, tras haber interrumpido la relación con Unamuno en 1915. En una larga carta, sin fecha, pero que debe ser de 1925, explica el autor checo que la interrupción se había debido a motivos políticos.

Como se sabe, Unamuno fue claramente aliadófilo en la primera guerra mundial. Su posición era que los aliados defendían la civilización cristiana, mientras los alemanes eran la barbarie, la «Kultura», como escribía por entonces. Aunque también se debería recordar, en este contexto, que Unamuno distinguía dentro de la propia Alemania, el militarismo prusiano, que sería la esfera de la disciplina y el ordenancismo, y la gran cultura, la Alemania de Kant, de Goethe, de Herder. Unamuno siempre mostró su admiración por esa Alemania de las grandes creaciones del espíritu.

Lo cierto es que Adler no estaba de acuerdo en que los alemanes fuesen los malos de la película, no aceptaba que ellos fuesen los imperialistas que atacaban a pueblos cristianos. Para él los británicos y los rusos no eran menos imperialistas que los alemanes.

Pero, además, Adler, que escribe esta larga carta de 1925 con una sinceridad y una franqueza que rozan el descaro, dirige a Unamuno una serie de críticas bastante directas. Ante todo, se nota que no se encuentra cómodo con Auerbach, el director de la editorial, y que se considera un trabajador al servicio de Unamuno, un Unamuno que se ha vuelto noticia sensacional desde su destierro en París, circunstancia a la que Adler se refiere con cierta ironía.

Las críticas que dirige a Unamuno por su obra *Del sentimiento* no están muy detalladas, pero aluden especialmente a temas como el egotismo («cierta terquedad en lo egocéntrico, así es como traduzco yo egotismo», le dice a Unamuno). Otro punto por el que Adler se distancia de Unamuno es la forma en que éste rechaza el infierno. Seguramente se refiere al pasaje de *Del sentimiento*, capítulo 10, en el que Unamuno alude al «absurdo de haber concebido el castigo como vindicta o venganza, no como corrección; de haberlo concebido a la manera de los pueblos bárbaros»<sup>4</sup>. Adler le reprocha en este sentido el ser «superficialmente ilustrado». También es posible que se refiera a lo que escribe Unamuno sobre el castigo eterno.

Desde luego, Unamuno critica por absurdo y desproporcionado el planteamiento católico del infierno: ¿cómo puede una criatura finita, que, por tanto, sólo puede cometer una ofensa o una falta finita, recibir a cambio un castigo infinito? No parece coherente con la bondad de Dios, como no lo parece que Dios permita que vengan al mundo seres cuyo destino va a ser el fuego eterno.

Pero es posible que Adler aluda a otra cosa, quizá a la apocatástasis o recapitulación de todo en una conciencia universal que concientiza todo, pero sin pérdida de la conciencia individual, o bien tal vez considera Adler que el ser infinito es tan distante de la criatura finita, que no valen tales comparaciones.

Finalmente, Adler reprocha a Unamuno que trate temas religiosos sin una suficiente formación científica. «Más acá de los Pirineos no se debiera permitir hoy escribir sobre religión a alguien que no se haya dedicado seriamente a la física». En las discusiones «sobre la entropía y temas parecidos» que, según Adler, Unamuno trata «filosófica, no exactamente» es donde parece que el checo encuentra cierta debilidad o falta de consistencia. Ciertamente, Unamuno no presume nunca de ser científico ni de usar técnicas científicas. Ahora bien, si Adler se refiere a que Unamuno no tiene una actitud positiva respecto de la ciencia, está en un error, ya que, si bien es cierto que algunos sólo conocen la frase del español «que inventen ellos», la verdad es que Unamuno es un admirador de la ciencia y, desde luego, un intelectual que no sólo se tomó muy en serio la ciencia, sino que insistió siempre en la necesidad de tener formación científica simplemente para ser un buen escritor. Pero, probablemente, Adler se deja llevar, al no conocer toda la obra de Unamuno, por algunas expresiones que se hallan precisamente en *Del sentimiento* y que pueden dar la impresión de una actitud negativa ante la ciencia.

También es cierto que parece desafortunado, de parte de Adler, decirle a Unamuno que «en la época de los gases y de las bombas... no se puede andar con

<sup>4</sup> Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida*. Buenos Aires, Losada, 1964, p. 216.

las armas de bronce de Platón», y, más desafortunado todavía considero que manifieste a Unamuno que «su libro habría sido más completo desde todos los puntos de vista en Alemania». Esto apunta a un nacionalismo que desde luego Adler no cultivaba normalmente y que aquí parece indicar que, para explicar el fenómeno religioso, se debía acudir a la sociología y a la antropología más de lo que lo hace Unamuno. Es lo que hace pensar su alusión a Durkheim y Levy-Bruhl en relación con esta cuestión.

Sea de todo ello lo que fuere, la carta pone claramente de manifiesto que Adler se encuentra incómodo traduciendo a Unamuno, probablemente por traducirlo ahora para la editorial Meyer & Jessen como asalariado, y no simplemente como un trabajo que Adler había emprendido tiempo antes por un interés puramente intelectual. La circunstancia de haberse convertido Unamuno en noticia periodística por su destierro y su fuga posterior no parecen tampoco satisfacer a Adler, que, según confiesa en esta última y extensa carta, ha dejado de sentir interés por las cuestiones religiosas. En cualquier caso, las diferencias que Adler manifiesta con el texto de Unamuno son expuestas a vuelapluma, sin orden sistemático y en un estilo más espontáneo que de crítica razonada. Desde un punto de vista de rigor en la argumentación, se podría calificar la crítica de Adler de poco matizada. Pero también es indudable que pocas veces en su vida debió recibir Unamuno una carta tan crítica como ésta y sin ninguna formalidad, con una franqueza por la que Adler espera comprensión de parte del autor español.

#### OTTO BUEK (1873-19?)

Es el traductor más importante de Unamuno a la lengua alemana. No he podido reunir muchos datos sobre él hasta hoy. Aunque nació en San Petersburgo, no he hallado ni rastro de él en las enciclopedias y diccionarios biográficos rusos. Sospecho que los rusos no incluyen a Buek en las enciclopedias por considerarlo alemán, mientras que los alemanes lo excluyen igualmente por considerarlo ruso. Hallé una breve nota biográfica al final de su tesis doctoral, leída en Marburg en 1904 y publicada en 1905 con el título: *Die Atomistik und Faradays Begriff der Materie* (La atomística y el concepto de materia de Faraday). En esta breve biografía cuenta Otto Buek que había nacido en 1873 y era hijo del comerciante Peter Buek y de Marie Buek (Westphalen de apellido propio). Tras estudiar el bachillerato en el colegio alemán de San Petersburgo cursó ciencias naturales, especialmente química, en la universidad de la ciudad báltica. De ahí pasó a Heidelberg para proseguir estudios de ciencias naturales, pero después de un año y medio en Heidelberg, se consagró por entero a la filosofía. Tras permanecer tres años en esta universidad, se trasladó a Marburg, donde realizó su tesis bajo la dirección de Paul Natorp y Hermann Cohen.

Su tesis es toda una muestra de la conexión de filosofía y ciencia en el espíritu neokantiano. Según Buek, Faraday ofrece en sus investigaciones experimentales un modelo de razonamiento kantiano. Faraday ataca la teoría atomística, pero la ataca en su forma antigua y newtoniana (discreta) para rescatarla en su forma continua. Dicho de otra manera, si antiguamente se creía que los átomos interactuaban chocando unos con otros, en la teoría newtoniana los átomos pue-

den interactuar sin chocar debido a la fuerza de la gravitación universal. Los átomos no chocan unos con otros como no chocan los planetas entre sí en el sistema solar. Es decir, las fuerzas actúan a distancia. Pues bien, Faraday acepta la teoría atómica, pero no en su forma newtoniana. Según Faraday, el atomismo ha de ser continuo, no discreto como el anterior. Es decir, se conciben los átomos, no como unidades de extensión mínima de la materia, sino como centros de fuerza que forman series ininterrumpidas de puntos dinámicos, de manera que puede decirse que cada átomo, lejos de ser un punto de reposo o límite de la divisibilidad, es una fuerza que influye en todo el sistema solar. Y ésta es la idea de continuo dinámico. La tesis de Buek se mueve en consideraciones filosóficas sobre estas cuestiones, con el objetivo de mostrar lo adecuado de la concepción física de Faraday para explicar los fenómenos eléctricos y, a la vez, evitar las contradicciones de la concepción corpuscular clásica.

Por otro lado, Buek es autor de ediciones de escritos científicos de Kant como la *Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels* (Historia natural universal y teoría del cielo, 1755) y los *Metaphysische Anfangsgründe der Naturwissenschaft* (Principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza, 1886). Ambos escritos los reunió Buek en un volumen y los editó en Leipzig en la editorial Dürschens Buchhandlung (la edición que he manejado es de 1909, la 2ª, pero tiene varias ediciones más), bajo el título *Immanuel Kants kleinere Schriften zur Naturphilosophie* (Escritos menores de Kant sobre filosofía de la naturaleza). La introducción que Buek antepone al texto de Kant es toda una muestra de la admiración que sentía hacia el filósofo de Königsberg y una guía acertada, a mi juicio, para introducir al lector en su obra, tanto en el texto del Kant precrítico (la *Allgemeine Natur...*) como en los *Metaphysische Anfangsgründe...*.

Además de estas ediciones de Kant, Buek exhibió también, como ruso que era, su conocimiento de la literatura rusa traduciendo a Tolstoi al alemán (por ejemplo, los escritos pedagógicos, *Paedagogische Schriften* (Escritos pedagógicos, 1907; reedic. 1994)

¿Cómo se convirtió en traductor de Unamuno? Desde luego no fue Unamuno quien le pidió que tradujera sus obras, sino que fue Buek quien se dirigió a él en 1924; en abril escribió a Luis Araquistain, a quien Unamuno había encargado el dar autorización para traducir sus obras, y en diciembre del mismo año se dirigió, siempre en castellano (con algunos defectos, ciertamente, pero con un dominio notable para un ruso-alemán, del que todavía ignoro dónde aprendió nuestro idioma). Por cierto que en esta carta, la primera que dirige a Unamuno, demuestra que desconocía la relación que Unamuno tenía ya con el checo Adler y con el suizo von Wartburg. Lo cierto es que Buek asumió la tarea de traductor con gran seriedad y fue él quien tradujo las siguientes obras:

*Tres novelas ejemplares y un prólogo*  
*Vida de Don Quijote y Sancho*  
*Niebla*  
*La tía Tula*  
*La agonía del cristianismo*  
*Cómo se hace una novela*  
*Paz en la guerra*



*El otro*, además del relato *La gruta del silencio* y de otras obras que al parecer no llegaron a ser publicadas, pero que él dice en las cartas que tenía ya traducidas, como *Raquel*, *Tulio Montalbán* y *Amor y pedagogía*. Es decir, tradujo una cantidad de textos al alemán incomparablemente superior a la realizada por los otros traductores, von Wartburg o Adler.

Por otro lado, la correspondencia con Unamuno deja claro que Buek tenía buena relación con la editorial Meyer & Jessen, que fue, como hemos dicho, la casa editora de las obras de Unamuno. Buek intentó, además, que revistas y periódicos alemanes pidieran artículos a Unamuno, lo que consiguió en varias ocasiones. Lamentablemente, desconozco las cartas dirigidas por el autor español al filósofo ruso alemán. Pero la parte que conozco de la correspondencia, que es la que ofrecemos en el mencionado libro, muestra con claridad que Unamuno apreciaba el trabajo de Buek y que exigió al editor Auerbach que le abonara por su trabajo un 7% de las ventas, porcentaje superior al 5% que cobraba Unamuno como autor.

Aparte de traductor, Buek es también presentador de la obra de Unamuno. Escribió el prólogo de *Vida de Don Quijote y Sancho*, aunque se trata de un texto muy breve. En él señala el carácter platónico de la interpretación unamuniana de las figuras literarias, como lo son Don Quijote y Sancho. Según Buek, Unamuno concede independencia a tales figuras respecto de su creador, Cervantes, independencia en el sentido de que, como ideas o arquetipos, tienen más realidad, más operatividad, que los fenómenos sensibles. Precisamente por ser ideas o arquetipos pueden ser vistos o interpretados por otros, además de Cervantes, y de ahí que Unamuno se tome la libertad de discrepar incluso del creador de los personajes y de convertir al caballero y al escudero imaginados por Cervantes en un caballero y escudero muy distintos.

Buek escribió igualmente una brevísima introducción a su versión de *Paz en la guerra*, aparecida 1929. No es muy afortunada su lectura, ya que presenta la novela como una escenificación de la guerra carlista, lo que es innegable, pero Buek centra este conflicto en una disputa dinástica, cuando Unamuno muestra en la novela el fondo social sobre el que se mueve la guerra.

Probablemente, Buek no conocía *En torno al casticismo*. Si hubiese conocido este libro, que está formado por los cinco ensayos que el vasco había publicado en *La España Moderna* en 1895, habría visto que *Paz en la guerra* no es una obra en la que el conflicto sea dinástico (aunque lo haya también), sino que es el intento de poner en escena lo que en *En torno al casticismo* llamó la *intrahistoria*. La intrahistoria es la vida de los que «no meten bulla», de los que no aparecen en los periódicos porque su existencia transcurre en el acontecer anónimo del trabajo diario, que nunca es noticia para la prensa. Lo cotidiano, la monotonía de la vida y del ajetreo de todos los días forma, según Unamuno, la base sobre la que se levantan los que sí meten bulla, los que aparecen en los periódicos, los que son *historia*. Pedro Antonio, el chocolatero, como Josefa Ignacia, su mujer, como Ignacio, su hijo, no son historia, sino intrahistoria. Por eso no son protagonistas de la novela. Son ejemplos de personas que intervienen en la guerra, pero que son presentados por Unamuno como gentes del pueblo, entre otras tantas, que forman el tejido social del entorno vasco en el que se produce la guerra.

Tanto los carlistas como los liberales aparecen en *Paz en la guerra* como piezas de ese tejido social, y en sus enfrentamientos son actores, son agentes, puesto que

la guerra es resultado de sus actos, pero son también pacientes, como se ve en la muerte de Ignacio, que es por cierto una bella página de las muchas escritas por Unamuno, y como se ve en Rafaela, la hija del liberal Arana, que pierde en la guerra a su hombre amado, el carlista Ignacio, como lo pierden sus propios padres.

En una palabra, el conflicto dinástico entra en la guerra como florero o ropaje que sirve de bandera de un movimiento social, pero el fondo del enfrentamiento está formado por un litigio de raíz socioeconómica. Y este conflicto es el que presenta Unamuno en su novela, sin que él tome partido por ninguno de los bandos. El mismo título, *Paz en la guerra*, es indicativo de lo que pretende su autor, mostrar a las gentes que se enfrentan, y mostrarlas en su vida cotidiana, una vida que es igual de apreciada por unos y por otros. El lector puede percibir en los diálogos, letrillas populares (pacientemente recogidas por Unamuno) y en los proyectos de las personas que aparecen cuál es el verdadero trasfondo de la guerra. En cualquier caso, lo que el novelista nos presenta en este caso es la vida misma de las gentes, algo muy unamuniano, cómo no. En obras posteriores escudriñará sólo eso, la vida en su desnudez, para lo cual ya no acudirá a la gente anónima, como hace en *Paz en la guerra*, sino a personajes individuales, mostrando sus pasiones y sus fracasos, en un escenario que tampoco será un paisaje concreto, sino que estará formado por el alma humana, eso sí, un alma encarnada, y bien encarnada, es decir, llena de pasiones y anhelos.

Buek no escribió, que yo sepa, artículos acerca de Unamuno en la prensa alemana, pero sí que fue uno de los presentadores del autor español al público alemán, siguiendo los pasos que habían dado Adler y von Wartburg. Esto se ve en las breves líneas que antepone al artículo de Unamuno «Das sogenannte neue Regime» (El llamado nuevo régimen), aparecido en *Die Weltbühne* en 1924. *Die Weltbühne* era una de las revistas culturales más importantes de la República de Weimar, donde escribieron Karl Ossietzky y Kurt Tucholsky, entre otros. Este artículo, traducido por Buek, pone en evidencia que, como ocurre con los otros traductores, el interés por la figura de Unamuno era anterior al comienzo de la correspondencia y que ésta, la correspondencia Buek-Unamuno, se inicia por el deseo de Buek de dar a conocer al público alemán la obra de Unamuno. Quizá la diferencia de la relación Buek-Unamuno respecto de la relación Adler-Unamuno y Wartburg-Unamuno es que el checo y el suizo habían comenzado su lectura y difusión de la obra del español antes de su destierro, mientras que el comienzo del interés de Buek por Unamuno arranca probablemente con este artículo de *Die Weltbühne* presentado y traducido por él. Aunque no puedo entrar aquí en todos los detalles que figuran en las cartas, lo indudable es que Buek fue el hombre clave en las traducciones de Unamuno al alemán y que fue un eficaz intermediario entre el vasco y la editorial Meyer & Jessen, lo que facilitó la relación del autor español con esta editorial cuando surgieron diferencias entre él y el director Auerbach. Vayamos ahora al traductor

#### WALTHER VON WARTBURG (1888-1971).

Este suizo, que se convertiría con el tiempo en uno de los notables filólogos europeos, comenzó su relación con Unamuno en octubre de 1920. Desde la pri-

mera carta pide al español autorización para traducir obras suyas y lo justifica diciendo que España es muy poco conocida en los países de lengua alemana. Von Wartburg, que escribe las primeras cartas desde Madrid, cree que Unamuno representa muy bien lo genuino del ser y la cultura de España: «Usted expresa claramente lo que en otros escritores y en el pueblo en general dormita de forma más o menos inconsciente. De ahí que al mismo tiempo sus ensayos constituyan, en mi opinión, una clave para entender el resto de España y de su literatura. Por este motivo quisiera ponerle a usted a la cabeza de mis traducciones» (Carta del 12 de octubre de 1920).

Von Wartburg quería traducir ensayos filosóficos y, efectivamente, lo primero que tradujo fue un ensayo de Unamuno titulado «Spaniensphilosophie»<sup>5</sup> aparecido en la revista de Zúrich *Wissen und Leben* en 1921. Pero rápidamente vio von Wartburg que tales ensayos no eran muy bien recibidos por las revistas, por lo que pasó a la novela. Por ello pidió autorización para traducir *Abel Sánchez*. También la novela tuvo que esperar debido a que no encontraba ni editores ni revistas que la aceptaran. De pronto, al ser deportado Unamuno a Fuerteventura, cambió la situación y pudo publicar la novela como folletón del *Aargauer Tagblatt*, un periódico del cantón de Aargau. El propio von Wartburg se lamenta de que «sea la sensación lo que contribuye a la publicación de una obra buena»<sup>7</sup>, aludiendo a que la publicidad que había adquirido Unamuno con motivo de su destierro y, sobre todo con su huida a Francia, fuesen la razón que moviese a los editores a publicar una obra. (Volveré sobre esta cuestión, que tiene una relevancia no siempre favorable, según creo, para la comprensión de Unamuno.)

A partir de aquí comienza un episodio que es toda una intriga en torno a la labor de von Wartburg como traductor. No es éste el lugar para relatarla, pero me parece imprescindible al menos indicar que von Wartburg se resistió a entrar en el entramado que montaron Auerbach como editor y Buek como traductor de la obra de Unamuno. Cuando von Wartburg vio que Auerbach había obtenido los derechos exclusivos de la edición de obras de Unamuno en alemán protestó con toda razón frente a Unamuno, quien le admitió que, ya que él, von Wartburg, había traducido *Abel Sánchez*, esta novela debía ser exceptuada por Auerbach de sus derechos exclusivos, pero Unamuno le dijo claramente que a él, como autor, le convenía tener un editor que fuese el único, con el fin de evitar tratar con varios empresarios.

Y, efectivamente, la novela *Abel Sánchez*, traducida por von Wartburg, salió en la editorial Meyer & Jessen, pero las fricciones que tuvo von Wartburg con esta editorial le hicieron abandonar su trabajo de traductor de Unamuno, al comprobar que, si quería traducir algo del español, debería en adelante pasar por la aduana de Auerbach y de Buek, quienes habían obtenido de Unamuno la exclusiva para editar en alemán las obras de Unamuno. Esta ruptura de Wartburg como traductor de Unamuno debe ser considerada una desgracia, ya que el filólogo suizo había iniciado con Unamuno una relación intelectual que se truncó por esta razón y que sin duda hubiese dado buenos resultados teniendo en cuenta dos circunstancias:

<sup>5</sup> El título original es «Sobre la filosofía española. Diálogo». *La España Moderna*, junio de 1904.

<sup>6</sup> Von Wartburg a Unamuno, carta del 10 de abril de 1924.

En primer lugar, la relación establecida hasta entonces, que mostraba una auténtica curiosidad intelectual y una gran simpatía hacia Unamuno. Fruto de esta actitud fue la traducción que von Wartburg había hecho en 1921 del ensayo de 1904 «Sobre la filosofía española». Además, había publicado en la misma prestigiosa revista de Zürich el artículo «Miguel de Unamuno und die Wiedergeburt Spaniens» (Miguel de Unamuno y el renacimiento de España), con ocasión del destierro del vasco, un artículo que considero de los más importantes que se escribieron en lengua alemana en esa época.

En segundo lugar, la trayectoria intelectual de von Wartburg, que contaba 36 años cuando escribió el mencionado artículo y tradujo *Abel Sánchez* y que comenzaba a convertirse en uno de los grandes romanistas de la Europa contemporánea. Tampoco me voy a detener en esa trayectoria intelectual de von Wartburg como filólogo, pero basta recordar que su *Französisches etymologisches Wörterbuch* (24 vols. entre 1922-1958) puso la investigación del francés en un nuevo nivel, en lo que se refiere a este campo etimológico.

En el artículo «Miguel de Unamuno und die Wiedergeburt Spaniens» enfatiza von Wartburg la condición vasca del autor bilbaíno, condición que se caracteriza «por un extraordinario sentido de independencia, por la tenacidad con la que defienden los vascos derechos antiguos. De todos los habitantes de España, son los vascos quienes mejor han conservado su sangre ibérica. La crueldad y menosprecio de la propia vida con que combatieron, durante el siglo XIX, en las guerras carlistas frente a la España liberal recuerdan la terquedad con la que se defendieron los antiguos iberos frente a la dominación romana».<sup>6</sup>

El artículo no está libre de algunos tópicos sobre España y, especialmente, sobre lo vasco. Así, después de señalar que España es país de contrastes, tanto en lo geográfico como en lo se refiere al carácter de sus gentes, escribe que tales contrastes explican la especial polaridad y tensión de la vida española, pero entre los vascos cobra esta tensión su grado máximo: «La inquebrantable fuerza natural con la que el vasco lucha por su idea y expone su vida llega al extremo del fanatismo, de la más ruda impaciencia, al extremo de eliminar cuanto se oponga, sean cuales sean los medios requeridos».<sup>8</sup>

Según von Wartburg, todo el mundo recuerda en Europa la impaciencia con que España, en el periodo de su «sinistro poder», refrenó todo movimiento de libertad con el sueño de una humanidad toda católica. La Inquisición fue el instrumento con el que se quiso ahogar cualquier discrepancia en este sentido. Pero, por debajo de la España oficial, dormita en el pueblo sencillo un espíritu de libertad que Goya supo reflejar en sus lienzos. Unamuno sería, en su mensaje como escritor, quien más encarna una corriente intelectual que, desde mediados del siglo XIX, combate la inquisición y sus secuelas, viendo en ella un obstáculo al libre desarrollo de la peculiaridad española, es decir, una libertad que quiere ser eso, libertad propia, no imitación de la libertad de otros, de los franceses, por ejemplo.

Unamuno representa perfectamente este espíritu de liberación, por cuanto defiende un cristianismo que rechaza la religión como «demon nacional», con lo

<sup>6</sup> Walter von Wartburg: «Miguel de Unamuno und die Wiedergeburt Spaniens». *Wissen und Leben*, año 17, 1924, p. 834.

<sup>8</sup> W. von Wartburg, art. cit., p. 835.

que se opone al espíritu inquisitorial del viejo catolicismo. Tras ello pasa von Wartburg a la fuerza con que el vasco don Miguel acentúa las pasiones en sus creaciones literarias, mostrando que no son las ideas lo esencial en la conducta humana, sino la manera en que éstas se llevan a la práctica, esto es, en qué medida ponen en tensión al hombre. De ahí la energía que despliegan los personajes creados por él, como se ve en el Joaquín Monegro de *Abel Sánchez*, novela de la que von Wartburg es traductor.

De esta manera, Unamuno habría contribuido como nadie a despertar y «hacer revivir las fuerzas morales e intelectuales de España y a devolver al país la perdida confianza en sí mismo, a la vez que la conciencia de su peculiaridad».<sup>9</sup> Este mensaje de libertad y de rechazo del dogmatismo ha encontrado enemigos entre los representantes del antiguo espíritu inquisitorial, para los cuales es Unamuno «una permanente espina en el ojo». De ahí que haya sido, finalmente, deserrado.

En mi opinión, la presentación que hace von Wartburg (y que acabo de resumir) de Unamuno es interesante y esclarecedora en lo que se refiere al Unamuno de *Vida de Don Quijote y Sancho* y de las novelas que el autor vasco llamó vivíparas. También hay que agradecer al suizo el reconocimiento internacional que reclama para el español: «Si no viviese en un país que encuentra poco eco, se habría oído su voz en Europa con una intensidad enteramente distinta»<sup>10</sup>. Von Wartburg fue sin duda uno de los intelectuales europeos que más en serio leyeron a Unamuno. Y por ello insisto en que fue lamentable que su discrepancia con el editor alemán de la obra del autor español le apartaran del intercambio intelectual con éste.

Unamuno tuvo, pues, buena acogida entre los filólogos, cosa nada extraña si se tiene en cuenta que él era catedrático de griego clásico en la Universidad de Salamanca. Pero creo que hay una circunstancia en la difusión de la obra de Unamuno en Alemania que no favoreció su recepción en el mundo de los filósofos académicos (aunque éste es un tema sobre el que falta bastante investigación). Me refiero a que tal difusión fue, al menos en parte, producto de la resonancia que la figura de Unamuno adquirió en Europa a raíz de su destierro y, más concretamente, de su estancia en Francia. Este sensacionalismo en torno a su figura contribuyó ciertamente a darlo a conocer en Europa. Esto es indudable, como lo ponen de manifiesto los proyectos de traducción de sus obras a varias lenguas en esa época. Pero es igualmente probable que el sensacionalismo fuese también un motivo de cierto recelo por parte del gremio de los filósofos, normalmente menos receptivos y más críticos con las novedades promovidas por los medios de difusión.

Por otro lado, el hecho de que la difusión de la obra de Unamuno se produjera durante la época de la república de Weimar tampoco me parece un hecho despreciable. Una vez que irrumpió el nacionalsocialismo en el poder en Alemania, el autor español desaparece del mapa alemán. También es cierto que faltan estudios sobre este aspecto, aunque algunos indicios, como la simpatía que autores antifascistas como Heinrich Mann mostraron hacia Unamuno, son bastante

<sup>9</sup> W. von Wartburg, art. cit., p. 840.

<sup>10</sup> V. Wartburg, art. cit., pp. 838-839.

explícitos. El mismo editor Auerbach pidió insistentemente a Unamuno que escribiera para el anuario que publicaba su editorial, *Die Dioskuren*, un artículo sobre el fascismo español. Unamuno no escribió este artículo y el número cuatro de este anuario, que iba a ser un repaso del fascismo en los distintos países europeos, tampoco llegó a salir. Lo indudable es que el nombre de Unamuno se difundió en Alemania ligado a un mensaje de libertad y de antimilitarismo que caía en un terreno abonado tras la primera guerra mundial.

Para terminar, me gustaría recordar que Unamuno fue realmente afortunado con sus traductores. No todos los autores, incluso si son del relieve de Unamuno, tienen la suerte de encontrar traductores de semejante nivel. Sin duda la circunstancia de que fueron intelectuales que se dirigieron a él por interés propio, no como simples empleados de una empresa editora, es lo que explica este hecho. Pero si es así, el mérito es de Unamuno, que fue capaz de despertar este interés en ellos.